

CANTO AL RESURGIMIENTO INDÍGENA AMERICANO

I

LLEGARON...

Las carabelas de la muerte

Un resoplo de vida más distante que la muerte
unas largas tempestades huracanadas de miedo
las carabelas navegan en el trayecto de la noche
donde las aves conservan sus más grandes libertades.
Detrás de la aventura rugen semblanzas de esperanza
oleajes de mil destinos
gaviotas de cien instancias...
Esa mar hace en silencio su silencio...
Una mar con sus encantos e ignotos contenidos
donde se arría lo oculto, donde lo poco no existe.
Una voz de capitán más tenebrosa que el viento
latidos, viles rugidos espantándose en el cielo
las carabelas avanzan en sus patines de miedo
se miran muy temerosas de no encontrar su destino.
El capitán huele a masacre y sus marinos a olvido
la sangre de diez mil indios espera su bienvenida
voces de muerte cruzada y cantos en los delirios
la muerte llega callada, embarcada en sus navíos.
Las barcas besan el limo con el roce de sus senos
las nalgas de los oleajes anuncian furias de vino
voces de llanto perdido, miradas de lirios finos
labios partidos y vientres esperando ser fundidos.
La marcha del capitán lleva tambores de fuego
cañones de largas lenguas y corceles de verdes bríos
se aproximan las miradas estancadas en la playa
como un aire de infinito, un presagio de la muerte.
Voces de fresco aliento
furia de hombres vencidos
se aproximan las mujeres con sus manos extendidas...
y la voz del capitán rompe el silencio de hielo
las piernas se descomponen tensadas de cobardía.
Sobre la marcha de tiempo los rostros miran perplejos
no existen flechas de viento ni puños de rebeldía
los hombres fijan sus hombros apoyados en su ironía
las mujeres que se acurrucan mirando tras las cohobas.
Ruidos de carabelas que se enganchan tras las olas
exhortos del capitán que hiere vientres de arena
y los indios miran las armas con ojos de desconcierto
mientras sus piernas doblegan frente al designio maldito.
Flores de rimas perdidas maldiciendo los caminos
caras de sombras hundidas muriendo entre los sembríos

las manos caen sin ritmo y los rostros muertos de hastío
las naves del capitán atracan sombras de frío.

¡Éramos y resistimos!

Estamos presentes hoy en la inmensa Abya Yala
desde el Polo aterido a la bella Patagonia
de la jungla reposada hasta el Caribe encendido
una larga travesía infinita de pesares...
infinita de pesares.

¡Estuvimos por aquí hoy y siempre caminando!
navegando por los mares y volando por los tiempos
adorando nuestros dioses

las montañas
nuestros ríos.

Aquí estamos y estaremos
aquí estamos...
venceremos.

El tiempo nos puso cadenas y nosotros resistimos
¡resistimos!

e hicimos de la lucha un ejercicio inevitable.

¡Cuántas veces nos mataron!

torturaron
mutilaron...

nos enseñaron del rigor del esclavismo y servidumbre...

Pero nosotros resistimos:

esperamos
sollozamos
desangramos

pero jamás nos derrotaron.

Esa es la fortaleza del bravo Wiracocha

del inhóspito Quetzalcoatl

del guerrero Huitzchilopochtli.

De ellos aprendimos a guerrear intensamente

a morir

a subsistir...

Habíamos vivido muchas épocas de cambio

en las selvas generosas y en las montañas sempiternas.

Ah cómo aprendimos a amar y respetar lo nuestro:

el silencio

el amor

la paz perpetua...

Oramos a nuestros dioses como el cielo a las estrellas

adoramos nuestros montes

remontamos nuestros ríos.

¡Oh gran Manco Cápac de la vara soterrada!

Caonabó

Anacaona

Hatuey

Lempira

Tiuna
Rumiñahi
Cupolican...
cómo pudieron abandonarnos demasiado pronto
en la vera de la brisa
en el portal de los silencios...
la Quisqueya, Cochasquí, Lago Guatavita.
¿Cómo?...
Pronto aprendimos a orar y a maldecir las mismas cosas
los mismos sentimientos
las mismas formas de decir y responder lo nuestro...
El conquistador nos pisoteo y amañó nuestros designios;
Alvarado nos odió
Margarit nos flageló
Pedro de Puelles reventó nuestras cabezas.
Largo camino de penas y fieros desconciertos
nubarrones en el cielo
dolores de partos confundidos...
las botas del opresor pisoteando nuestros pechos.

Anacaona y Caonabó

Suerte de inmortal caída...
bajo los hombros anchos y serenos
una lumbré sin aliento se derrumba.
Hay una gloria sin igual en esas cumbres
como naves celestiales que se inclinan
una fragata que navega en los rincones
bajo la cola inmensa de los ríos.
Voz de libertad
inalcanzable alivio
bajo los cantos lentos de voces apagadas
la libertad un grito impregnado en las bahías
como cerrojos blancos que hieren las cadenas.
Caonabó enciende las flechas de sus ojos
como banderas libres se desplazan tras los vientos
el conquistador se cruza la bahía entre las nubes
y teme las riveras de los ríos.
Muerte repentina entre el calor y el abandono
el Fuerte Navidad que se acaba entre sus llamas
el conquistador renace hirviendo en su malicia
mientras un rostro fino refleja su alegría.
Muerte de caminos fijos y senderos acosados
suerte de maldiciones en medio de rezos y traiciones
sangre desparramada en las minas trituradas
dolor sin cilicio alguno en los campos desolados.
Canoabo que mira enfurecido a la distancia:
oprobio,
explotación,
abuso exacerbado;

verdes colinas de cruces disecadas ...
los cuervos somnolientos
soledad en los espíritus de los cuerpos destrozados.
Anacaona mira la maldad de los barbados
nalgas entristecidas en manos enmarañadas
cuerpos fijos,
sí,
inocentes mocedades
cuerpos de niñas escondidas, soledad en las montañas.
La "Flor de Oro" que se marchita en el bohío
nudos de barbas rubias enredándose en sus senos
el conquistador que afianza sus entrañas portentosas
y gime de placer desparramando encantos.
Cadenas de Canoabo que gritan solitarias
rojos caminos de sangre y esperas retardadas
poesías de cantos rudos en los oídos de los inmortales
muerte con su señal de cruz habitando cualquier parte.
Muere Canoabo en sus océanos de espanto
oscura profundidad de caracolas de esperpento.
¡Silencio!
perpetuo silencio de los peces sin aliento
cruces de corales negros en el fondo del abismo.
Un concierto de ansiedades van insertándose en el lecho
y una voz de libertad se propaga en el incierto.
Esos pendones blancos van gritando por la isla
y Anacaona revive incrustándose suplicios.
Sangre
sudor
y muerte
aliento de besos perdidos en violaciones obsesivas
calor de brisas incesantes que aniquilan los sentidos
silencio de soledades que se mueren en su brío.
Huye Anacaona a su Jaragua querida:
sola,
triste
abandonada;
los ojos del conquistador llenos de odio y lujuria:
las cenizas de la noche
esos rostros que se ocultan
sólo sexo y pasiones
obsesiones
iras fijas.
Las miradas se apabullan de terror a la distancia.
Huiguamota que se expande en sus deseos reprimidos
como tímidos capullos en sus nalgas se distraen
y otra vez sexo total
diversión
algarabía...
Entretanto la mirada de los muertos se dispersa.
Anacaona grita sola el dolor de sus entrañas

esa sangre que se pierde
el pavor que rueda encima
multitudes encendidas por el odio... por el miedo.
Las pasiones escarbando por el suelo descubierto
se aprisiona el hierro incierto
como bellos girasoles los colores de ese yelmo
ese suave rechinar como espuelas de venganza...
ese suave rechinar
como espuelas de venganza.
Muerte en la selva oculta en que luchan los caciques
lluvias de nubes blancas
sol de rayos partidos
huracanes.
Una huella oscura y firme que se anida en la mirada...
ya se mueren los caciques
impregnados en las llamas.
Anacaona es humillada tras su muerte despiadada
vientos fríos
tardes muertas
un fantasma de lo incierto que rodeando la rivera.
Y se muere la Guaora
y Hatuey es ahorcado
y se muere la distancia que acoraza la esperanza
y no existe libertad
se diluye entre las manos.

A la muerte de Anacaona

Te fuiste con un viento de presagios
tan repleta de sonetos
sola y triste
consternada...
removiendo con firmeza las caricias de tus ojos.
Y te fuiste tan callada
enredada en tu retorno,
fue tu fuga,
tu regreso...
un regazo en el silencio.
Tú te fuiste indignada... una muerte sin amagos.
Sin los grillos espantados por sus ecos que regresan
que se apagan
que se acaban...
un profundo desencanto entre la vida y la muerte.
Y moriste tan temprano...
una serie de pesares divagando por tu mente
una furia entre las causas
los temores infundados...
ese grito de dolor tanto tiempo represado.
Es la muerte inconclusa que ha llegado sutilmente
sus haberes enredados

esa triste agonía
esas venas saturadas
esos sueños sin palabras.
Y es que ha muerto tan temprano un jardín de tempestades
una nube fracturada
aquel tono que escuchabas.
Y la muerte acabó con tu fuga pasajera
un rencor herido a muerte
una espera inusitada
ese duelo solo y triste... la agonía inesperada.
Fue la muerte, sí, la muerte
esa eterna despedida
unos campos confundidos con la hierba recortada;
el rocío remojado
las cenizas esparcidas.
Y la vuelta irreversible de los vientos que se apagan
esos largos sufrimientos
las mezquinas pesadillas
esos cantos de las flores oprimidas en el huerto...
ese rostro distanciado
ese gesto de ternura.
Es la muerte en su visita encendida de arreboles
son los pájaros cristales que no vuelven a su nido
son las penas vendavales
esas nubes encerradas
ese canto, trino y llanto que atardece tan callado.

La vida pasa...

Los vida pasa
los verdes pastizales;
los rostros regodeando sus grandes desafíos.
Pero la vida igual
luchando tras sus causas
es que la vida pasa y al final no pasa nada...
La vida pasa...
y pasa
y repasa
y vuelve a repasar...
y nunca pasa nada.
La vida de acertijos
decimos muchas cosas como largas aventuras.
Pero la vida pasa y apenas pasa nada
los largos laberintos
las pobres circunstancias...
es que al final de todo pasamos y pasamos;
las dudas infinitas, los malos entendidos.
Pero la vida pasa y apenas pasa nada
como si fuera mucho o demasiado poco:
los buenos sentimientos

las malas alegrías
los cantos sin estrofas
la ingrata felonía...
Pero la vida pasa y apenas pasa nada
como si fuera propia o demasiada ajena...
las causas suficientes
las muchas trafasías.
La vida pasa y pasa y apenas pasa nada
las claras concepciones
las falsas ironías...
Es que la vida pasa y nunca pasa nada
lo falso como cierto
lo cierto como incierto
no existe un buen comienzo
ni un fin con alegría.

II

UN IMPERIO PARA EL CONQUISTADOR

Tenochtitlan ha caído...

Las gaviotas vuelan tristes, agitadas...
las gaviotas.
Vuelos de siglos y siglos apostando su fragancia.
Las olas ladran, sí
y una canción de paz se arrodilla en la arena.
¡Ha llegado el conquistador... Oh cielo inmenso!
hombres enredados de tiempo y nodrizas humilladas
cañones de estrías tías y mosquetes escamados...
el brujo de Cosumel predice atrocidades.
Una suerte de naos frías navegando la bahía
reposando las palmeras
y Cortés mira intrigado un horizonte que se acerca;
hay mucha duda en sus gestos
hay muchos gestos con su duda;
hay playas que se pierden solas enredadas en las olas;
hay playas
que se pierden solas
enredadas en las olas.
Desembarca el conquistador...
fuego, dolor y riñas que se gestan cuerpo a cuerpo
espadas desenvainadas blandiendo en el incierto
disparos de arcabuces que se ahuyentan sin aliento.
Y Cortés continúa firme...
desalmado;
cruces de palos siniestros atravesando el camino
oraciones sin clemencia
giros de llantos perdidos atrancándose en el campo.
Y Tabasco cae rendida en las garras de sus conquistadores.
Días de sueños partidos
herraduras de caminos sesgados
lanzas de puntas rendidas
esperanzas de dichas prendadas.
Luego,
besando la mano firme,
inmisericorde,
mujeres, mantas y brillos;
muerte de brisas asfixiadas e indios desolados
carabelas destruidas,
mástiles derrumbados
llamas devorando los velámenes extraños sin sentido.
Mil sonrisas sin callar reclaman...
la Malinche se desnuda
vive paso a paso la lujuria de su amo:

manos rellenas de senos
caricias despotricadas
besos partidos de celos y la libido exaltada.
Las tropas avanzan locas
los morriones y las corazas
los cañones y las adargas
los caballos no encuentran ruta...
los indígenas alterados.
En Tlaxcala hay mil traidores que se mueven vivamente
totonacas se venden solos
en Cholula hay asesinatos...
y Cortés se ha bañado en sangre.
Gerónimo de Aguilar es el farute del asunto
la Malinche la que engaña
Guerrero se ha hecho indio y aborrece a los propios.
¡Llora Tenochtitlan consumando su derrota!
Moctezuma espera solo
las tropas de los tenochtlas han cuajado su impotencia
Tenochtitlan se ahoga sola
Tenochtitlan se ahoga sola...
Canoas desbaratadas arrimándose a la orilla
Texcoco se va secando
los pasos se van cerrando
y los altos adoratorios ya no tienen sus deidades.
Cortés y Tenochtitlan son una sola grandeza
ha caído la Venecia
sangre, dolor y muerte se ha sembrado en sus calzadas:
el dolor corre a pedradas
el despojo se desbanda
la rapiña multiplica
el abuso enseñorea.
Tierra de méxicas y totonecas
sobre los lagos negros y profundos los indios lloran solos.
Bombos y flautas en la fiesta del tóxctl
cabezas degolladas y cuerpos destrozados
muerte de los dioses indios...
Pero la noche llega...
la noche oscura y somnolienta
la noche en que Alvarado debía huir junto a sus tropas
la noche en que Cortés sintió la derrota más profunda
la pena connotada.
El ruido de los atabales fue dispersándose desesperadamente
fue trepando las colinas
caminando por los lagos
alegrando ensenadas.
Y Cortés siguió llorando...
Aparentemente el conquistador había huido
es la sangre que se calla
las heridas se restañan
esas voces de la furia se han callado en Texcoco.

La saqueada libertad se ha tomado un suspiro...
pero Cortés volvió y marcó una herida muy profunda
esa herida que esclaviza
esa herida de la ira
esa furia reprimida...
los derechos conculcados.
Y Cortés volvió y mató la alegría de la vida
el honor del ser humano
el orgullo de una raza
la razón del sentimiento...
la razón de su existencia.
Ah dioses del panteón azteca: Huitzilopochtli y Quetzalcotl
la muerte ha sembrado odio
pasiones de servil clemencia...
ha muerto Cuauhtémoc "El Águila"
ha muerto la razón de un pueblo.

Cuauhtémoc el águila caída

El último tlatoani
nacido en mal agüero
una eclipse, una tormenta
un príncipe muy uranio...
El señor de Tlatelolco se ha vestido de tragedia
al mirar a Moctezuma...
se ha llenado de odio y calma.
Caminaba en el desierto intransigente de la vida
las arenas movedizas
ese tiempo inconsecuente...
aquel viento que se eleva ilusionado al espejismo.
Sin embargo enfrentó la avenida que se mueve
la abertura que se acaba acorralada en sus linderos
ilusiones de otro lado
aventuras consumadas.
Pero igual dilucidaba... ese algo diferente
repentino
diligente
como que algo se ocultaba y no era exactamente.
La tragedia
la conquista
el silencio incoherente
el sentir lo indiferente...
un desierto que inunda entre las lluvias perturbadas.
Y después no había nada que sintiera nuevamente
un rencor
una caricia
una ilusión intransigente...
Ni siquiera una malicia
una verdad
una partícula de tiempo;

una duda que se acabe
un gentil resentimiento.
Y Cuauhtémoc encerró al español en el palacio...
escaparon tristemente
en la vieja “Noche Triste”...
Se atrincheró en Tenochtitlan y espero hasta la muerte.
Noventa días con sus días y sus noches
epidemias
el cerco apelmazado derrotado y triturado
Cuauhtémoc fue capturado...
Los romances de la luna amanecieron muy temprano
siempre solos
congelados
con el trino de las aves rebotando en los portales...
las ideas demacradas.
Esa luna viajó triste soportando sus pesares
era errante y dromedaria
luz sin verso...
las violetas de sus manos adelgazaron con el tiempo.
¡Oh Cuauhtémoc rey hermano!...
Hay un pájaro cansado en el techo de su casa
una flaca necesidad de esperar la misma causa
esperar la misma causa
esperar la misma causa.
Y al mirar el mismo rostro y el retorno de la luna
esos celos se combinan y la envidia se distancia;
hay un cristo mutilado;
algún hombre destrozado que se arrastra por el suelo.
Aún así, Cuauhtémoc siguió su frente
no dejó que aquella noche acabara con sus sueños
ese hálito del alma
el recuerdo perseguido...
una noche sin sus rezos de plegarias infinitas.
No...
no dejó que aquella noche se muriera entre sus manos
la vivencia
la constancia
esa rama de sonrisas descolgadas desde el cielo
esa eterna melodía
esa suave sinfonía de decir las mismas cosas.
No dejó que aquella noche se muriera sin su luna
la coqueta agonía de algún trino pasajero
el eterno desencanto...
Una noche casi muerta bajo el mismo aroma seco
esos mismos esperpentos
esos mismos cantos frescos
esas mismas vanidades
esa seca travesía que se tomó de su garganta...
Y Cuauhtémoc le pidió a Cortes le eliminara
asesinara

que le sacara el corazón aún latiendo en su pecho...
que jamás diría nada.
Y Cortés quemó sus pies repitiendo su rosario
sonriendo
maldiciendo
apretando sus espadas en la tez del ofendido...
¡Ordenó que lo ahorcaran!
Y se alejó el gran Cuauhtémoc silencioso al infinito
una inquietud amarga que corrió eternamente
un delirio de palabras
esa algo que se oye
un ensamble siempre abierto que se ríe de la muerte.
Y se fue el Cuauhtémoc con su bella ironía
que era larga y sin distancia;
unos sones silencios agrupándose sin tiempo...
Un rezago
un girasol
un dolor que nunca muere
un dolor que nunca muere...
nunca muere
nunca muere.
Y esos ojos de sus penas se marcharon con sus sueños
y es que a veces dijo algo
y otras veces solo penas...
En su pulso no se engancha ese palpito de abrazos
no se siente,
no respira
no hay un hálito de vida.
Y es así como queremos alejarnos nuevamente
otra vez
pero alejarnos;
la mirada enajenada que se clava ingenuamente
y la noche retrocede
y sonrío extrañamente...
Y musitó alguna cosa y escuchó muy diferente
como si algo hubiera dicho... como si algo hubiera hecho.
Y penetró apresurado a una selva de palabras...
la sonrisa tan distante... tan ligera como antes;
pero no ha escuchado nada e insiste nuevamente
y no existe más silencio que el silencio de la muerte.

Amando. El amor de Cortés y La Malinche

Amando
simplemente amando
las cosas son tan simples como si uno amara tanto.
No existe otro vestigio que un amor que se detiene
corriendo lentamente
hallando sobresaltos...
Y sigo amando tanto como si amara solo...

y no existe un sentido de amar eternamente
amar ese algo extraño
amar lo imponderable
amar el compromiso
amar lo diferente...
Un cúmulo de ideas se acuñan en la mente
atávicas creencias
los celos se pervierten...
amar de vientre a vientre
y amarla nuevamente.
Amando
así de diferente
a veces me detengo a mirar lo indiferente
las logias de la vida que se pasan por la mente;
las ideas concertadas
el amor irreverente
y es que sigo siendo así... el amado simplemente.
Pues no existe un gran amor que no sea diferente
que no sea como el mío
algo audaz e irreverente...
una causa tan sencilla
una causa suficiente
ese beso apasionado
con un algo que se aleja...
y se aleja simplemente como algo que está ausente.

III

CADENAS PARA EL INCARIO

Anocheció en Cajamarca

1.-

Y amaneció sin luz el camino remilgado
el que iba desde el mar al infinito
el que iba de la barca al cerro alto
el que iba de la playa al valle incierto.
Amaneció sin luz hiriendo el pie descalzo,
la mirada secreta y el rostro retaceado;
amaneció sin luz el sol acorazado
la siembra en el desierto
la loma abandonada.
Cientos de corazas se incendiaron de lujuria
unas lanzas recortadas
unos viejos arcabuces retacando entre su furia...
y es que el indio contemplaba.
Tropas de acero y caballos desgalgados
espadas rutilantes y cascos deformados
pectorales de fierro y morriones desplumados;
la tropa maldecía los rigores de su suerte.
El conquistador desembarcado...
Más acá,
en la playa
el indio contemplaba;
piel de arena y mirada acongojada;
labios tibios y lenguaje masticado...
observaba el movimiento de la tropa obsesionada.
Días y días de mirar el mismo cielo
leguas y leguas de soles sin camino
distancias y distancias de arenas sin desierto...
aves que forraban de belleza el firmamento.
Y la tropa caminó donde el capitán autorizaba;
fundas de pólvora y cañones aherrojados;
monturas de Castilla despellejadas en los lomos;
bridas de fierros flacos y asquerosos sudaderos...
la tropa desgalgada se apostaba agotada.
Y la tropa avanzó a la Sierra...
A nombre del Cristo vivo y la Corona avejentada
el capitán se ha pronunciado con sus frases impregnadas;
cientos de indios huyendo de sus miedos;
vuelos de gaviotas que parecen demacradas;
cruces de palos rotos apostadas a lo lejos...
espadas de filos finos respirando en las cañadas.
Y la tropa de conquistador caminaba muy despacio,
por los pasos abandonados y parajes desolados;

por valles inesperados y montes sin cielos ciertos;
por ríos amotinados y montes amortajados.
Y los cielos se hicieron grises mientras las tropas pasaban
y creyeron que había llegado el Wiracocha esperado.
Gritos de muerte sonaron en las faldas del collado
gritos de dolor y espanto al mirar los hierros raros
gritos de espanto se fueron desgranando muy temprano...
gritos que nunca volvieron para sembrarse en la historia.
Y Pizarro avanzaba firme en dirección a Cajamarca
muerte para punás,
tumbesinos
lambayeques
muerte para la historia que ha venido a sepultarse
muerte para los hombres que no saben de ambiciones.

2.-

Y llegó el indio Apo a recibir a Pizarro...
Caía la niebla triste sobre el lomo de los Andes
una inhóspita crueldad que se adelgaza intensamente
unas botas agolpadas que relamen las calzadas
un sendero que se calla incrustándose en la nada.
Esas botas,
las espuelas
el caballo corcovado
las inmensas barbas grises que se esconden en la cara
los ladridos de los perros que han nacido en Nicaragua...
los horados de las armas.
Y esta el ceño de Pizarro alargando su mirada
sus carnosos labios gruesos,
sus latidos sin palabras,
el sonido de un metal con que a veces se adelgaza
la romántica expresión de la montaña congelada...
Apo habla y sonrío... Apo habla e invita.
Llanto de caminos pobres trepando por la serranía
cenizas de volcanes muertos aspergeadas en el alma
ruinas de culturas viejas navegando en las planadas
dioses de sangrantes ritos sin salir de su morada.
Y Pizarro limpió su frente de sudores oxidados
las ideas esquilmadas incrustadas en sus manos
los rencores en su espalda;
ambiciones depravadas.
Días de luces muertas encajadas en el miedo
miedos de días largos que se acuestan en la nada,
soledad de cuerpos tristes que al decir no dicen nada
soledad de momias frescas que no encuentran su mortaja.
Las ansias del conquistador tiemblan de rabia y venganza
cantos de cristos perdidos y doncellas estrujadas
gritos de misas negras y oraciones indecentes
rezos de furias largas y ambiciones amañadas.
Corceles y espuelas frías merodeando Cajamarca

arcabuces de tiros rojos abordando la mañana
vistas de pendones partidos impresionando a los guerreros
calaveras de risas rotas esparcidas por el viento.

3.-

Y Atahualpa llegó a la cita desafiado por la muerte
muros y mirlos negros sedientos de desconcierto
calles de piedras raídas arrimándose a su canto
escorpiones de rojo intenso alistándose en su encanto.

Atahualpa llegó ese día en que el calor le azotaba
aves de negros picos y papagayos forrados
soles de nuevos tiempos y sonrisas apagadas
soledades de verdes prados y cantares desolados.
Y salieron desconcertados los tambores del destino
largos retumbos sin eco despeñándose temprano
música de pasos perdidos alegrando la llegada
lomos de caminos sin rumbo acompañando la jornada.

Atahualpa llegó a la Plaza y miró a la gente extraña
gente de pechos de hierro y arcabuces alargados
rostros de caras perdidas y mentones resaltados
miras de odios prensados y rezongos extraviados...

Allí,

en la plaza

entre el grave silencio de la gente

soportando la tierna brisa de ese sol enajenado

llega un cura temeroso y le entrega un libro raro

un rosario

un crucifijo muerto que al decir no dice nada.

Atahualpa sonrío frío

ensombrecido

disgustado,

arrojado de desdenes

incesante de altercados;

levanta su cabellera y sonrío enojado

como si esa sonrisa flaca le anunciara el desengaño.

Llanto de collas viudas y pallas desconcertadas

ruidos de tambores muertos desprendiéndose del alma

multitudes de rostros secos que no encuentran su pasado

girasoles de desiertos tercos que embellecen la posada.

Tiros por aquí y allá

enormes garroteos

golpes fijos

asombrados;

fuerte detonar de tiros y arcabuces extraviados;

sables enardecidos y vientres perforados.

La muerte encontró su sitio en la plaza de Cajamarca

caballos de rostros tristes y bozales aplastados;

espuelas de filos finos ensartándose en la cara

cañones de aceros tiesos desprendiéndose del fuego.

Y allí,

al medio día
seco e indeciso
tratando de oscurecerse en medio de la sangre fría,
las golondrinas negras se aferraron al espanto
esperaron sus desventuras sobre sus cantos destrozados.
Y Atahualpa fue detenido,
encerrado
humillado;
cuatro paredes de lodo le cercaron en su cuarto...
Lloro de guarmis sufridas esperando en la entrada
pedazos de cerramiento estirados por el piso.
Voces de viento sonaron en la entrada de aquel cuarto
vientos de voces partidas sin encanto y sufrimiento
voces de hilos pegados encubriendo el vientre fresco...
Pasado el tiempo
y allí
en el mismo cuarto y circunstancia
preso de su propio incierto
Atahualpa era inculgado...
humillado
y sobajado...
Muerte de ira y pena
muerte de dolor y rabia
muerte de avaricia y suerte
muerte de la estirpe inerte.
El vil garrote,
la silla
esa estera;
las manos secas de pasión e ira
los rostros fríos de temor y envidia.
El Inca muere con su frente en alto...
sus manos tiasas
sus ojos vivos
su pueblo muerto de dolor y angustia.
Gritos de muerte sonaron en la vieja Cajamarca
gritos de truenos largos y vientres desvencijados
temblores de voces frías de los indios consternados
temores de la soldadesca que jamás se conmovieron.
Soles de tiempos perdidos se arrastraron por el suelo
serpientes de frentes cortas enroscándose en las ramas
nubes de formas leves se acostaron en el llano
palomas de cola larga se marcharon sin descanso.
Y Atahualpa murió sereno al llegar el medio día
cruces de palos flacos y canciones franciscanas
velorios de cristos muertos y sotanas extraviadas
rosarios de cuentos viejos y canciones pisoteadas.
Atahualpa murió aquel día en que los cielos callaron
los vientres se destaparon y las sangres se mezclaron.
Muerte al medio día en que los soles callaron
llanto de mujeres solas y caminos estropeados

sueños de suelos marchitos que en el tiempo se borraron
libertades de tiempos perdidos que jamás recuperaron.
Muerte en el medio día en que Atahualpa se ha marchado
muerte de manos cortas y sudores empapados
muerte de la historia vieja que nunca se ha acabado.

Manco Inca y Kura Oqlo

Canto de incas,
huaylas,
sahuaseras
y poques;
canto de libertad sobre la cima del Hanan y Pisac;
cantos advenedizos de copalymaitas,
alcabizas
colunchimas;
cantos de libertad donde los cóndores reposan.
Y Pizarro avanzó agitado hacia lo hondo del imperio...
apoyo de los cañaris,
huaylas
y chachapoyas;
crimen, violación y muerte, la conquista ha prosperado.
Manco Inca ha apoyado... Luego,
Manco Inca defraudado... los asesinos se desvelan
muertes y sacrificios
ambiciones desmedidas.
Y Manco Inca se despierta sobre su corte de ruinas
grandes gestos perturbados
una furia desmembrada
formas de grandes sueños maltratados por la espera
viajes de sol a sol hasta clavar el topa yauri.
La guerra de Manco Inca se enciende por esos valles
flechas de filos cortados tras los muslos del extraño
caminos de hombres fuertes cruzándose el incario
flores de tristes rostros y marchitos incensarios.
Grandes batallas de hombres que aterran a los conquistadores
manojos de voces muertas gritando en los alrededores.
Manco Inca sublevado en Yucaj la tierra amada;
castigo para los indios huancas... el traidor imperdonable.
Manco Inca ataca Lima contra todos los barbados
en el Cusco los traidores se han sembrado tras un cerco...
¡Muerte para el conquistador... Huitará la victoriosa!
son las llamas sobre el Cusco
un fuerte cerco sobre Lima.
Más allá...
bajo los cielos dispersos y tierras veteadas de extrañeza
aires de vientos saeteados y jornadas cansadas de sí mismas
hay hombres de cruces negras desafiando la tormenta;
hombres tostados de riesgo y colores sofocados...
Sobre la vista inmensa de la eterna serranía

las huellas del conquistador pisotea la mañana;
hembras bronceadas de valle
suaves figuras de pechos con sus cuerpos dilatados.
Es la tierra de los Ayar desafiando al Tambotoco
es la ira,
es el suspenso y la rabia como parques alaridos
cilicios de rencor y pena incrustándose en las venas...
esperas de mil penumbras enquistadas en la tierra.
Mientras tanto Kura Oqlllo camina llena de furia...
amaneceres de cortos sueños
mil perfiles olvidados;
esperanza de muchas lunas como caricias recostadas
una espera de infinitos con sus sueños encerrados.
Kura Oqlllo vive intensa
va y busca el desafío;
rugidos de arcabuces retumbando en su oído...
huellas de caballos pintos que relinchan en su brio;
trenzas cargadas de furia que se alargan día a día.
Y Gonzalo Pizarro espera con las luces de sus ojos
ese brillo algo extraño cautivando sus antojos;
Kura Oqlllo vientre corto
violación desenfrenada
la lujuria exacerbada enfrentándose a su rostro.
Ruinas en Saccsaywumán
Pisac
y Espiritupamba;
fortalezas de viejos guerreros y tiempos inmemoriales
quebradas de pasos cortos y ruidos de matorrales
es que la tierra se muere en resacas infructuosas.
Y Kura Oqlllo murió sola con sus brazos estirados
con sus manos estropeadas en las sogas atascadas;
con sus senos oprimidos ventilándose en la Plaza;
con su rostro enternecido
con el fuego de sus labios.
¡Ollaytambo!
¡Ollaytambo!
¡Los Pizarro criminales... los Pizarro miserables!
¡Extasiados de vileza... asesinaron a la colla!
Sones de muerte sonaron en la vieja serranía...
lágrimas de montes cercanos
valles plagados de frío
Kura Oqlllo fallecía perforada por la ira.
Kura Oqlllo valentía,
heroína de los Andes
fugitiva de cien valles... sus cabellos fallecían;
flechas de hierro podrido perforaron sus entrañas
pecho de cobalto y bronce soportando las miradas.
Con la muerte de Mama Oqlllo todo el pueblo fallecía...
¡Muerte de Mama Oqlllo en la triste lejanía!
Y siguen muriendo todos:

Manco Inca, fiel esposo
Saidi Inca, revoltoso
Tito Cusi, el indomable
Túpac Amaru I... ineludable.
Sones de Taki Onqoy en la danza enlutada
el incari profanado
un pasado marchitado.

El silencio

El silencio sigue
nunca muere
con sus odas infinitas de inconstancia.
El amor
siempre lento
nos espera en sus redes de silencio y arrebató.
El silencio es sólo,
sí, muy solo
pretendiendo retenernos en sus manos
sus caricias espantosas de la muerte
los rediles de la angustia desalmada...
El silencio es solo
lo esperamos
con un tremendo dolor en sus paredes;
un estatismo inútil
muy cercado
el silencio es solo y estancado...
El silencio
sí,
así de parco y abnegado
un dolor viviendo con la angustia
enredándose en sus dudas
en los graves alientos de delirio
el desencanto;
sus heridas son un llanto
el volver a silenciarnos lentamente...
Ah las lágrimas se estrechan y se pierden sin aliento
¡Ay silencio!
un temor
una extraña manera de volver al mismo punto
a las mismas necesidades
a los mismos reciclajes
al rencor insostenible.

IV

NUNCA ABANDONAMOS NUESTRA LUCHA

Nuestra tierra Abya Yala

Y se asentaron en Abya Yala los perfectos opresores:
curas de albornoz raído
crucifijos
baptisterios
biblias de versículos pasados
unos cristos azotados
vírgenes de llantos finos
y unos santos doblegados...
Y así destruyeron todo:
nuestros templos
nuestros dioses
y borrarón por entero la religiones profanas.
Y pronto los olvidamos... nuestros dioses
los unimos con los suyos;
dioses blancos y dorados
retocados
rococoses
panes de oro.
La muerte se vio cercana en la entrada de la iglesia
y aprendimos de aquella lengua del cristiano obsesionado...
grandes corrida de toros
los caballos
el ganado
los zamarros
los vestidos...
la cuaresma...
los finados
Pero el aire se perturbó en el silencio de la noche:
mitas interminables
obrajes endemoniados
encomiendas maldecidas en la piel del indio esclavo.
Los huesos fueron trepando por los techos de la casa
sangre desparramada como pepas de eucalipto
flores de chuquiragua disecando las quebradas
tallos de huagracallo en la boca de la acequia.
Y los dioses del indio... muertos
olvidados
flagelados;
oscuros renacimientos de esperpentos retaceados
las silentes novedades
los espacios estropeados como sombras del nevado.
Y los indios muriendo solos... escarmentados
con sonidos de rondadores y dulzainas encalladas

golpes de bombos flacos y bocinas retobadas.
Los indios muriendo solos... muy temprano
aletargados
como la nube solitaria en la que viajó Amaru Inca
en la estrella Maita Capac...
De nada sirvió los rezos de Bartolomé de las Casas
los apóstoles de México
el taita cura Montesinos
el generoso Motolinía.
Largo camino de penas de México a la Patagonia;
amo Gonzalo luchando por aherrojar las cadenas
Núñez de Vela muriendo
penas y yugos tendidos en la batalla de Iñaquito
dolores de tiempos idos...
Así calló nuestra América explotada
humillada
la América de las minas negras y encomiendas saturadas
la América de los obrajes
las minas de Guanajuato
los carimbos de Brasil y Cuba.
América calló silente sobre el vientre de sus indias:
Francisca Pizarro Inga
Inés Huaylas Yupanqui
Marina Malinalli Tenépatl...
Hartos conflictos cruzaron por la magna resistencia
conflictos de sudores secos y rajados resquemores
garrotes descuartizados
caballos ladrando gritos
cuerpos despedazados en el centro de la plaza.
Lloraron las multitudes
las picotas desalmadas
lanzas podridas de sangre elevándose en la plaza;
muertes en Vilcabamba,
Espiritupamba
y Cusco Viejo...
América saboreó la sangre de su resistencia:
sangre de Pablo Presbere guerrero de Talamanca
sangre de Garabito
sangre de Túpac Amaru y Mateo Pumacahua
sangre de huarmis violadas despeñadas en su ira.

Túpac Amaru II. Camino hacia la muerte

Blanco castaño de muerte
el gran Amaru va avanzando
los zurriones rebozando son la furia en la mañana.
¡Hay un grito de dolor que se espanta con la muerte;
es un grito de terror con los deudos asustados
son ruidos de la muerte
los dolores como flores van rezando libremente...

¡Una nube de terror!
Voces de muerte rodando por los bordes de la plaza...
voces de muerte rodando... por los bordes de la plaza;
la muerte se va cantando muy despacio y arrogante.
Voces de muerte rodando por los bordes de la plaza
como si algo se muriera
como si algo se muriera...
como si algo se muriera en silencio y lentamente.
Furia de dolores rendidos en el Cuzco consternado
noches perdidas
hermanos
como puentes desgarrados.
Vientos de equinos briosos que se ensañan con la muerte...
Hay un dolor como espanto que renace y se muere
lágrimas desparramadas
semblantes de dura suerte
las sonrisas sin palabras degolladas por la muerte.
¡Es la muerte de Túpac Amaru... es su suerte!
un profundo dolor abierto
sombra inerte;
esos techos desarmados
flores verdes
amanecen las portezuelas tan abiertas como siempre.
Son espacios de la muerte... de lo inerte
y como si todo fuera poco ese poco ya no existe:
las vivencias acabadas
el trajín sin trayectoria;
unas luces sin pasado que se apagan lentamente.
¿Y la muerte?
llanto de pechos heridos derramándose en el suelo
con sus cantos resignados;
sus instancias de la muerte.
Llanto de suelos partidos acortando las distancias
¡Es la muerte en Plaza de Armas...!
el trajín sin terminar que se acaba ingenuamente
un clavel sin su memoria
mil memorias sin claveles
y la ruta de la muerte que se expande nuevamente.
Blanco castaño de muerte... Es Amaru quien se ha muerto
tras sus sueños de beleño las angustias arremeten.
Son los rumbos
los caminos
esos pasos... son la muerte
una ola de terror con burbujas de hojalata
son los pasos que no tiemblan
son los pasos de la muerte.
Amaru miro en la plaza a su mujer engarrotada
sus hermanos degollados
y sus hijos extirpados;
cuatro caballos obraron al tratar de desmembrarlo

los cuchillos mutilaron
las sonrisas degollaron.

¡Micaela Bastidas, Micaela!

¡Oh Micaela, Micaela,
piel de tierra
luz de encanto!
en cada día tú renaces y pareces tez sin suelo;
voz de jilgueros labrados y palomas denostadas
como que rondan tus sienes en los campos desolados.
Flor de mujer de cien lunas y caminos sin encantos
paradigma sin estigma de una suerte amortajada
esos ramos luces verdes
las que adornan la mañana.
Soles de noble estirpe como gritos invernales
más allá de sus clamores ya no existen mezquindades
como topando siluetas
las estrellas son tus manos...
Túpac Amaru vagando por la ingrata serranía,
dominio de cien cruzadas sus espuelas rechinantes;
bajo las manos discretas que conducen las batallas
hay un hombre de huesos frescos que persiste inagotable.
¡Oh Micaela de amor
pasto fresco
luna tierna!
como que vienen rendidos tus caminos sin finales;
flor de pasión
sobresalto
mano fina
ojo pardo...
esa sangre sin señales son tus huellas inmortales.
Tercos caminos de piedra y chaquiñanes sin salidas
rayos de fuego mortales y combates sin descanso;
Túpac Amaru galopa por la loca serranía
sangre de fuego encendido embelleciendo su jornada.
La Plaza luce serena bajo sus nubes de hierro
grandes cabezas de piedra
flores rotas
y estropajos;
cabellos de cabuya negra arrimándose en el piso
cadalso de mil rincones vigilando Waqaypata.
Micaela camina sola junto a Tomasa Condemayta
Túpac avanza sereno entre su gente callada
sus hijos se desparraman como flores esquilmadas
cuando el verdugo proclama la muerte de los sublevados.
Golpes de tambores roncós que atemorizan la calzada
sonidos de portales tiesos sedientos de sangre y fuego
cobertizos desencajados
ruidos de ecos sordos

expectativas de ojos blancos caldeándose con la espera.
Micaela y garrote vil forcejeando las cadenas
lenguas interminables en sus luchas desiguales
silencio en los tablados en que espera su sentencia
temblores de tiempos secos retrasados en la historia.
Y Micaela sonrío triste con espasmos de tierra y llanto;
rostros de fina estampa son sus furias descarnadas;
su cuello que se adelgaza en las manos del verdugo
y espera con piel serena el eterno desenlace.
Gritos de rencor callado en la esquina de la plaza
como que nadie muere y se muere todo el mundo
como que todo es simple y tan complejo todavía
como que nada muere y sonrío eternamente.
Negros colores de cuerdas y caballos enjaezados
multitudes de cuerpos flacos y oraciones invisibles
la muerte llega a caballo estirando sus costados
los dolores no tienen gritos porque son descuartizados.
Es Micaela partida... miembros cortos
desiguales
hachas nuevas, desenfado
filos hondos
puntas graves.
El cuerpo de Micaela yace solo y en pedazos...
cantos de letras vencidas y miradas encorvadas.
Tarde de cuerpos caídos en la “Plaza de la Pasiones”
Túpac partido en pedazos por los caballos cebados.
La muerte no tiene nombre, tiene su piel embalsamada...
los caballos con su galope llevan sus grupas marcadas.

Silencio de paz a Bartolina Sisa

Grito de finos lirios
blancos sueños
piel marcada...
Potosí con sus socavones pereciendo lentamente
muerte en las minas ruines... minas crueles;
mujeres en los obrajes como hebras enredadas.
Karacatu la vio nacer
india guapa y sonrojada
amando a Julián Apaza
se vistió de niña amada.
Seguro es un criminal que no tiene pena alguna.
Los amautas se rebelan... le coronan a Katari
se levantan las provincias... el Altiplano se estremece.
Vibra La Paz y grita Potopoto y Papajasi.
Victoria de Bartolina en la vieja Kilikili
hambre en La Paz sedienta
refuerzos de Ignacio Flores
se apresura a Bartolina Sisa en el flaco cementerio.
De nuevo La Paz se acerca

Túpac Katari es apresado
y en la Plaza de las Peñas condenado y mutilado.
Y tu Bartolina Sisa fuego eterno condenado...
eres chamiza inmensa en la noche amortajada
así como las estrellas que adecentan tu morada
así permaneces tú
ninfa buena, ninfa amada.
Silencio de silencios mudos galopando en tu mirada
el aire con sus palabras caminando a la distancia
tu figura desgredada
los fusiles destemplados
y como si todo fuera poco...
cementorios solitarios.
Nadie quiere escuchar el silencio desbandado
esas cortas circunstancias de cruzadas despiadadas;
nadie quiere entender a ese ser desmejorado
a ese ser de libertades...
a ese ser de igualdades.
Y reposando tiernamente en el anhelo de los pueblos
la figura impetuosa que más bien parece hidalga
es la figura simple de un sendero luminoso
que despierta en la historia unos tiempos sin finales.
El valor debe subir a sus cuevas invernales:
huesos blancos
manos firmes
y figuras espectrales;
el dolor que se adelgaza en el túnel de la historia
en el túnel de la historia...
un lugar sin esperanza.
Y como si todo fuera poco la leyenda se agiganta
es el nombre Bartolina que se eleva inmensamente;
pasos cortos
chaquiñanes
y esos tambos desdeñados;
la fatiga,
los relatos
esas cumbres olvidadas.
Y los sueños son tan tristes al final de la jornada
esas fuerzas agotadas hasta verse destempladas
tambo triste,
suerte extraña y esperanza acumulada;
aire fresco,
tinta roja
y caminos despeñados.
Es la muerte tan distinta cuando no se encuentra nada
esas penas son tan tristes cuando todo se ha acabado
la “guerrera aymara”,
cumbre fresca y tez tostada
lideresa en cien cruzadas como fiera provocada...
Los silencios son tan tristes con las muertes anunciadas

como que todo huye pronto y al final no queda nada;
silencio en las cumbres altas esperando necedades
ruidos de fusiles roncocos que asesinan y descansan.
Bartolina es capturada con sus fuegos que se apagan
sus palabras tigres sueltos y calores apretados
es la muerte anunciada una vieja desgana
una vieja atormentada que se va por la mañana.
Y Bartolina va a la muerte con sonidos recortados:
voces finas
apretadas
esos fríos espaciados;
y como si todo fuera poco esos ojos desgana
es la muerte con sus sombras,
los temores apretados
los temores apretados
los temores apretados...
Bajo el lentos rechinar de sus pasos aspergeados,
viste luto,
luto intenso
una anuencia insensata...
Voces de luces libres como cantos encantados
fragmentos de pieles grises escondiéndose en sus manos.
Muerte en el día triste de aquel Alto Boliviano
sitio en la Paz,
la plaza,
ríos blandos sin descanso.
Y muere Bartolina Sisa sin canciones ni descansos
halada por un caballo con su cola desplegada;
cuerdas que cuelgan solas
horca tras el cadalso
y al girar su cuello fino besa la suerte amarga...
Sus restos se repartieron por los pueblos bolivianos
y sus cenizas se esparcieron navegando el firmamento...
El cuello bajo su manto
la muerte llena de prisa,
la vida se aleja sola
en el pecho de la historia.

Nos mezclamos

Tarde incendiada de flores y cenizas apagadas
faldas largas y capotes
son los gritos
como lanzas lujuriosas perforando las ventanas.
Tarde de toros erguidos y callados
bellas colchas y tendidos
los cuernos cual cuchillas flacas desafiando el aire fresco.
Tarde de sol y arena
labios mustios
piel rajada

los toros llenos de furia van cantando a la muerte.
Tarde de aretes finos y canciones apagadas
los claveles...
es la muerte gran señora que pasea libremente.
Tarde de versos y coros
pases largos
chiquiñuelas
los toros y los jinetes van rezando suavemente.
Tarde de euforias perdidas
los caballos
los jinetes
se muere aquel hombre incierto que ha desafiado a la muerte.
Tarde de toros muertos
piel herida
pechos rotos
los gritos como un siniestro
van cantando a la muerte...
Tarde de vientos celosos
el tablado
las mujeres
ese joven que se brinda a su novia con la muerte.
Tarde de toros y luto
luna ciega en los corrillos
una lágrima en el alma
un temor que nos divierte...
Tarde de brillos y muerte... un solsticio en la garganta
los presagios
el trapío
los designios...
es la muerte
Pero allí el toro incierto
regodeando entre las furias
enfrentados toro y suerte...
la sonrisa es una muerte.

V

ES LA BELLA SERRANÍA...

Los indios ennoblecidos

Aires de ruinas sonaron en el valle ciego y triste
el río burlando inerte esa flaca serranía.
El indio solo y cansado regodeando su manada
su minúscula partida
su pedazo de suelo solo triturado en la encomienda...
Los ojos demasiado ajenos al mirar el cielo abierto
esa larga parsimonia
esa suave tempestad que acabó con la mañana...
El mundo que había nacido era un mundo infrahumano
un mundo de paisajes raros y cansadas armonías
un mundo de semblanzas grises
una inmensa tiranía...
Los ojos de sus hijos fueron enceguecidos día a día
esas manos enlazadas
esos cuerpos estropeados.
Sancho Jacho indio noble cacique de Llactacunga
siervo de amos malos y amo de siervos buenos;
longo bravo
ennoblecido
cruel con sus hermanos indios... sumiso con sus amos nobles;
nació y vivió en cristianismo
en la mansa servidumbre.
Jerónimo Puento y Ango cacique del Gran Cayambe
indio noble
envanecido
ojo de pupila oscura y sonrisas martilladas,
fiel servidor del amo
servidor obsesionado.
Y tu Cristobal Caranquelin pacificador de esclavos
sangre de los Parinquilago
amigo de los Sepla y Oro...
opresor de tus hermanos.

Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo

Francisco Eugenio de Santacruz y Espejo
rostro enhiesto
ojos graves
piel de viento.
Los oscuros pasadizos no encuentran su salida;
la silente mansedumbre de una noche pedigüeña
las paredes ilegibles
los senderos incipientes de murciélagos maltrechos...

la pesada tempestad de una mirada sin reflejos.
Eugenio en la mazmorra es la fuerza inevitable
la idea transparente,
el concepto de la vida encontrando sus principios.
Es la sangre adolorida de un dolor no saturado
la idea sin costuras,
terquedad que nunca acaba
el estigma de una raza acomodándose a los tiempos.
Las cadenas de la mente han caído por espanto
estropajos son las iras
las costumbres flageladas que se ahuyentan a su paso.
Es que Eugenio vive solo
despreciado
abandonado
los prejuicios de los siglos acorralan sus ideas...
Es Eugenio un amplio espacio donde crecen horizontes
flores blancas abonadas con minúsculos espinos.
Y está allí la libertad
el sueño intacto
aniquilado;
los gigantes girasoles auspiciando la mañana
una luz que no retorna
una lucha que no avanza.
Los portones de la cárcel se han cerrado por encanto
otra luz se desvanece
las cadenas se agigantan con el paso de las tropas...
El mestizo es humillado
sus cachetes sonrojados
el prejuicio de los necios imponiendo sus criterios.
Más allá no existe nada...
una ruina de prisiones que no alcanzan para nada
unas puertas retorcidas
unos pisos destrozados
unos brillos de la noche que no alumbran la calzada.
¡Oh Eugenio libertario!
Los corceles de la historia galopando tras tus letras
libertad en la mañana donde todo se ha truncado
se han dormido las ideas
se han secado las palabras
se ha enquistado la desgracia.
Y tu voz se ha difundido navegando por los Andes
por los amplios corredores donde habita el Orinoco
por las pampas inmortales
ese Río de la Plata;
por las playas saturadas del Caribe irreductible...
Por los ríos, por las cuencas y los montes intrigados...
Por los ríos
por las cuencas
y los montes intrigados.
Rebeldía es la palabra

unos pechos malheridos desafiando la Corona;
irrespeto a las “verdades”
los virreyes engolfados...
menosprecio por la norma que genera la injusticia.
Es Espejo ese hombre nuevo
ilustrado
elaborado;
verbo nuevo en la palabra que maldice las cadenas:
“Al amparo de la cruz... Sed libres”
Una bandera roja que se funde con las cruces
unas banderas cortas con señales espaciadas;
trapos de fuego cruzado iluminando los portales
escritos de corta data desafiando a la Corona.
“Primicias de la Cultura de Quito”
Canto fresco a espíritus muertos
¡libertad!
¡libertad!
libertades oprimidas que se expanden por el suelo
rebeldías conculcadas
intocables campanarios que convocan a la nada.
Y vivió Eugenio Espejo y cantó sus realidades
y llamó a la rebeldía
donde nada era de nadie.
Es Espejo luz eterna en la noche entumecida
pluma larga
letra viva;
su palabra se incrustó en el granito de la historia
y llamó a la libertad
a la lucha
rebeldía.

A la muerte de Fernando Daquilema y Manuela León (¡Manapi!)

Vientos de guerra y venganza...
pajas de páramos cansados de esperar en el silencio
bramidos de siglos y siglos expandiéndose en la calma
pasos de llamas calladas y borregos vestidos de helada.
No existe un corazón más grande que la furia
el dolor de sostener ese esclavismo:
gamonal,
cuentayo
y caporal unidos
como fieros cancerberos escoltando la tragedia.
Fernando Daquilema Duchicela y Guaiña
indio de Yaruquíes,
Cacha
y Punín Alto;
señor de las bastas tierras heredadas del pasado
sangre de Cariguairazo, Pacha y Saquicela...
descendiente de puruhaes,

caras
y mayas quiché;
habitante de tierras frías cultivadas por la helada.
Daquilema tambor y tiempo, cerrojo de chaquiñanes
canto de libertad perpetua reprimida por el tiempo
heredero de yugos yertos y látigos petrificados.
Allí estuviste cierto, oportuno y valiente;
el grito de Yaruquíes reclamando sus derechos:
¡Libertad
igualdad
humanidad!
Muerte para los diezmeros que aniquilan las cosechas
justicia para la injusticia que ha plagado toda Cacha
aullidos de churos rotos y bocinas cercenadas
laguna de Kapac Kucha nombrando su soberano...
¡Ñucanchi hatun Apu! Le gritan los habitantes
las cosas no son tan simples, se han tomado Cajabamba.
Manuela León ataca a Punín y San Francisco
incendios de casas pobres azotadas por el hambre.
Manuela se siente brava;
repudio de indignidades,
mata al teniente Vallejo y penetra el fino tupo...
Ojos de huecos hundidos, tupos de filos dorados
vienen las tropas de Quito para matar los sublevados.
Grito de voces perdidas alcanzando la montaña
venganza de sueños rendidos reclamando su tragedia
palos y piedras aupados en el vientre de las guambras,
lucha con dolor y sangre hasta esculpir la venganza.
Y se une Sicalpa y Licto,
Colta,
Achupallas,
San Francisco;
los indios braman de ira
ya no hay autoridad que valga
y todo es algarabía
y todo parece muerte...
Tropas persiguiendo indios como si fueran gusanos
cientos de ellos tendidos en sus pueblos agotados
son muchos los detenidos con sus bocinas de lata
son muchos los detenidos y también los humillados.
Y Manuela León camina con su alpargata delgada,
la muerte le llama a solas para olvidar su pasado.
Manuela y Julián Manzano son pasados por las armas
Manuela no tiene vida con su cuerpo destrozado.
Voces de canciones perdidas van trepando el nevado,
voces de dolor inmenso que no encuentran su collado
la muerte los mira intensa perforando su costado
la muerte no tiene signos,
tiene huellas sin pasado.
Manuela corazón profundo de tragedias y pesares

cuerpo de silueta fija como viejos robledales
cabello de semblantes simples reflejando el Chimborazo
cachetes de pasajes fríos alumbrando los sembríos.
Manuela cae al piso sola con sus manos enlazadas
sus brazos están decaídos y sus faldas aplastadas.
Manuela agoniza sola,
huiracchuros de la noche,
sus venas se secaron solas y sus besos se encallaron.
Muerte en la larga cima donde viven pajonales...
Fernando Daquilema solo como viven los jaguares
torrentes de pasión y flema tras los pechos azotados
aquí y en el más allá sus protestas se agigantan:
-¡Aquí estoy!... -¡Ya no me busquen! -Grita el hombre indignado
Y en lo alto de la cima se queda sin decir nada.
Pasos de muerte rodaron por el viejo campanario
pasos como largas vías de caminos infestados
pasos de terror y llanto como que nunca han faltado
pasos que sonaron tristes como vieja llamarada.
La noche demasiado larga para estar en la capilla
los curas demasiado viejos para hablar de lo pasado
crucifijos demasiado ajenos para exculpar al sentenciado
rezos demasiado simples para salvar al acusado.
Al cura se lo ve rezando... la noche demasiado larga
los indios lloran de tristeza
tristeza demasiado amarga.
A las seis de la mañana las dianas se suicidan solas
a las ocho en camino,
van camino a Yaruquies.
Fernando rumbo a su cadalso con sus pies descompasados.
A las once de la mañana se anuncia la tragedia humana.
Voces de viento llorando al llegar frente al cadalso
sacaron al reo bravo
dos sacerdotes callados:
¡Le ataron de pies y manos!
¡Le ataron de pies y manos!
¡Le ataron de pies y manos!...
al “bandido sublevado”.
Manchas de indios perdidos que se cruzan la mirada
colinas de suelos heridos esperaron los disparos...
¡Redoblaron los tambores!
¡Retiraron las escoltas!
¡El capitán le pregunta si tal vez desea algo!
Fernando responde en firme:
¡Manapi blanco del diablo!
¡Manapi blanco del diablo!...
Voces de rifles ladraron al llegar el medio día
voces de balas cruzadas incrustándose en el pecho
voces de silencios mudos
voces de silencios tristes
voces de furia lloraron al llegar el medio día.

Nada Vuelve

Nada vuelve...

los espacios pintados de infinito
son las brisas soleadas de la playa
que se elevan candorosas hasta el cielo...
pero jamás regresan.

Son los nichos de las cumbres silenciosas
los que viven en los cielos fragmentados
los que besan las tinieblas de lo incierto...
pero jamás regresan.

Son las aves infestadas de cansancio
como nubes con sus ojos calcinados
las que giran en un vuelo perturbado...
pero jamás regresan.

Y tratamos de entender que nada vuelve
el cansancio de ese invierno pasajero
que revive cada noche en un lucero
pero jamás regresa...

Nada vuelve, todo pasa
linealmente inalcanzable para el hombre;
esos grandes paradigmas de la historia
son pequeños sonetos del olvido...

Un error al concebir el pensamiento
es creer que la vida es sólo tiempo
que el camino es tan sólo una distancia
y el amor un eterno desencanto.

VI

EL RESURGIMIENTO

Una nueva lucha

La pobreza carcome la conciencia de los indios
hay un simple transitar de su alma por el mundo
como que a veces quisieran ser verdad y pensamiento
libertad en el espíritu
valentía.

El pobre indio sigue igual es su miseria
en el trabajo esclavo
en la senda de injusticia
Es un labriego silencioso:
humillado
sometido...

Pero nació su nueva voz en la eterna rebeldía
en la palabra lucha
la templanza
el desafío
la rencilla sin descanso...

Y llovieron presurosas las constantes represiones:
esas tropas agresivas
unas botas reforzadas
yataganes presumidos.

Era el rumbo que esperaron al llegar la madrugada...
la cultura del reclamo
la protesta indefinida
la palabra desafiante
el volver hacia el futuro.

Y los indios de Cayambe se aprestaron a la lucha:
sindicato campesinos
pensamiento socialista
ilusiones comunistas.

No quisieron las yanapas, el temor, los huasipungos
el socorro
los suplidos
huasicamas
aguateros.

El partido socialista fraterniza y se revela;
ya se lucha en las haciendas
el congreso
asambleas.

Es el indio renacido que ha emprendido su regreso:
son los paros
son las huelgas
los reclamos....

Rebelión contra el Sistema:

esos sueldos de miseria
las jornadas de trabajo...
el descanso obligatorio
posesión del huasipungo
violación de sus derechos...
Y es así como siguieron hasta clarear el medio siglo:
indios muertos y heridos
torturados
perseguidos;
despojados
marginados...
¡Ay mama pacha de los indios perseguidos!
Ignacio Alba y Lechón levantándose en Pesillo,
Florentino en la Chimba,
el Campués de San Pablo Urco
el Lechón en su Moyurco.
Y corrió la buena nueva por la bella serranía
ese grito de pujanza
de valor
de hidalguía.
El Congreso de Cayambe se declara en rebeldía...
y persisten en la lucha:
la Amaguaña,
la Dolores
la María de los pobres.
Y es el gran resurgimiento que reclama sus derechos:
por la tierra
las semillas
por sus sueños
... por la vida

Dolores Cacuango

Dolores pie de paramo, nevado incandescente,
lucha sin respiro alguno y osamenta atormentada.
El río bajando corre de su eterna madriguera
mientras los ojos negros de los indios se entrelazan.
Naciste de lo profundo,
de la quebrada sin huida
donde la paja es fresca y el pumacahua alado.
Naciste de la flor silvestre más cercana a la cangahua
donde los ponchos tapan los resquicios de la muerte.
Dolores piel de viento,
dedos cortos
shigra atada,
canción de los chaquiñanes, mirlos tuertos y alpargatas;
debajo de los trigales tus dulces manos van chugchiendo,
saciando mil cuencos de agua y alimentos retaceados.
Dolores de pies de páramo y cenizas aspergeadas,
cuerpo de piel de luna y cabellos enredados;

bajo la furia fresca que cantaba en la montaña,
cantaste tus mil dolores y las quejas de tu pueblo.
Trujiste hierbas de malva para sanar tus pasiones,
y viendo volar los tiempos en bateas de canciones,
gritaste desesperada por los que siempre te esperan...
por los que siempre lloran,
por los que siempre gimen.
Dolores camino estrecho donde la greda propone;
ilusiones demasiado ajenas colgándose del chahuarquero;
silbidos desvencijados de jilgueros de mil colores;
cementerías llenas de polvo,
pobreza y miseria humana...
Y Dolores mirando triste la injusticia de cielos;
cadenas de barro podrido sujetando las paredes;
brazos labrados de azotes y patadas de mayordomo...
sangre de pies partidos por las piedras y el cansancio.
Pero un grito caldeó los ánimos de los indios concertados;
grito de montañas frías en ese inmenso nevado;
miles de patas rotas ataviadas al camino:
patrones atemorizados,
autoridades compulsas,
gobiernos contrariados,
asambleas extasiadas.
Así nació la libertad del grito americano:
un aullido de lobo tierno encrestado en el Pesillo,
la Chimba, Moyurco, el Verde
...en los bajos del Volteado.
Y en esos caminos tristes caminó sin el cucayo,
con sudores de tiempos idos y hambrunas desparpajadas,
como queriendo encontrar
la ruta que se le había negado...
como queriendo encontrar
la ruta que se le había negado...
Y caminó hasta llegar a casa de patrón y cura,
hacia los riscos profundos del camino a Guayllabamba...
por los caminos ocultos de Perucho y San Antonio;
por la ruta lejana de Quito a Quinchucajas.
Hasta que su voz llegó a oídos de algún Congreso vano,
a casa de Carondelet cerca de Plaza Grande,
y luego se fue surcando por los por aires de La Habana...
por los aires de Moscú y Azogues
por los aires de Guachalá y Tumbez...
Y una nube pavorosa cubrió los cielos de Paquiestancia,
y se encerraron en la iglesia patrones y más señores;
y luego sonaron las campanas como viudas perturbadas,
y las calles se llenaron de odio con los rostros contrariados...
Fuertes alaridos de rencor y odio
canciones desvencijadas en sus vientres atorados;
llamadas de clamor profundo como pájaros azotados;
protestas incontenibles con pedazos de venganza.

Y así nació la protesta de Cangahua a San Pablourco,
de la curva de Chaguarpungo hasta la vieja Candelaria.
María Luisa evaluando firme las palabras conculcadas;
Gualavisí predicando sus nuevas luchas libertarias...
Voces de cantos muertos levantados de ultratumba;
voces de Changalá, Candelaria y Chitachaca;
como tomando la furia de los ecos de los tiempos
Florentino Nepas toca su churo a la distancia.
Cantos de flores muertas en la bitácora de Rubén Rodríguez;
anuncios de mala muerte por el párroco de Pambamarca;
gestos de irredención del indio Ignacio Alba;
capullos de resentimiento colmando la Izacata...
Un rugido de guerra corrió de Changalá a Cusubamba;
lanzas de puyas cortadas y morriones finos de lana;
escudos de mimbre claro con los ponchos esquilmados;
llamingos de batallas duras perdidos en la serranía.
Y Ricardo Paredes avanza con su rostro contrariado;
sones de hombres perdidos y tropas indias empeñadas;
balas, garrote y caballos con sus cascos afilados;
sangre de tiempos vencidos irritándose en la cara.
Y así, unos soles de lluvia nacieron revolcándose en la paja;
caminos tercicos de hastío esperando por su causa;
soledad, manojos solos sin castigo ni respuesta;
causas perdidas de viento con la duda entre las manos.
Y los gritos de Dolores volvieron al nido añejo,
sin mortaja ni delirio,
sin reflejos de ecos sordos
sin respuestas de la historia...
Y las tropas de viejos tiempos retornaron al castigo,
a la sangre,
la tortura,
al dolor de carnes propias;
al yugo,
al sistema injusto,
al tornillo de la espera;
al dolor del día a día ensañado con la muerte;
a la ignorancia infinita;
a los pies desvencijados engrillados en el piso;
al trabajo esclavizado,
al desprecio exacerbado,
a la ruina permanente,
a los yugos consumados...
Y marcharon los pies descalzos por las sendas de la lucha;
sonrisas de mil colores encendieron la fogata;
ilusiones,
pasos como zamarros rotos que rompieron el cansancio,
emblemáticas canciones...
rugidos de churos roncicos que se anidaron en los campos;
cementerios de cuerpos yertos sin terminar de acabarse;
dulzainas de labios tiesos que se derritieron en canciones;

cushmas de cuerpos caídos enredados en los brazos.
E inició la libertad de nuestro hermano americano:
con huelgas,
paros
y tiros,
cárcel ruda y garroteos;
persecuciones aceleradas contra indios sublevados;
excomuniones del cura viejo para los mishos comunistas...
Y sonaron los atabales de caciques y curacas,
el spondilus del ritual de tiempos que no acaban de iniciarse;
la quena ruda y distante;
el cacho de la serranía;
el sombrero paramero que desafía a los glaciares...
la alpargata de cabuya que besa los pajonales...
Dolores perla caída que duermes en los matorrales...
Dolores perla caída que duermes en los matorrales.

María Luisa Gómez de la Torre

Pasos de caminos cansados
rutinas de pasajes leídos
historia de relatos contados
pesares de luchas perdidas.
María Luisa,
tierno vocablo de lucha sin medida
voz de verde canto en la oscuridad rendida
lucha de campos y campos amasados de tortura
ciega de trigos soleados en verano.
María Luisa... La María
es tu silencio muerto con que hablaban tus nostalgias
con tus luchas libertarias
las marcadas injusticias...
Gritos incesantes de ira desafiando nuestra historia
las manos atosigadas bordando mil figurillas
con tu aliento cadencioso
con tu forma de decir y no decir las cosas...
con tu forma intransigente de protestar contra el Sistema.
¡Oh María Luisa de luchas empeñadas! ...
Las mujeres, sí...
suelos de tierra firme amasando sus pisadas
labios de palabras cocidas reclamando sus derechos
lecturas de conciencias blancas reviviendo entre sus pechos.
¡Las mujeres, sí!...
verbos de dolores rendidos desafiando el universo
cerebros en franca ira
protesta de bocas furiosas que retaban la injusticia...
Y tú, sí,
allí
estuviste tan cerca y tan distante
tan mujer y tan valiente

tan sensible y tan furiosa
como si los vientos de la lucha te llamaran...
Sí,
allí,
desafiando el tiempo y la distancia
entre curas y oligarcas
sociedades de pena e ira.
Sí,
allí,
serenamente simple,
juraste y rejuraste que jamás te detendrías
que jamás regresarías a ver cualquier distancia...
la distancia sin paradas.
¡Oh María Luisa eterna!
Los caminos de Moyurco reclaman tus pisadas
tus risos de cabellos blancos bandereándose en el aire
tu sonrisa tesonera
tus ideas encendidas de tiempo y de destino.
¡María Luisa...!
sol sin tiempo y brisa fina
los caminos de la Chimba se estrecharon sin tu canto
sin tu sombra
sin tu bella manera de enseñar la letra viva...
La conciencia, sí,
la lucha intensa
los derechos conculcados
la pobreza ensimismada...
¡Graves palabras de furia contenida!
Las gruesas multitudes de indios te esperaron:
asombrados
retraídos
como esperando aquel brillo de las letras luminosas
que sintieron el alivio de tu tierno magisterio;
el saber que había mundos
libertades
igualdades
realidades de verdades no entendidas.
Y los lomos de los runas levantaron sus aciales
y pidieron a sus dioses que volvieran del pasado
y bebieron de ese pondo de la inmensa rebeldía...
y siguieron las sentencias provenientes de tu lado.
Bombos de piel de venado y toro viejo resonaron
zamarros de borregos curtidos en la chacra del nevado
cuernos de vacas tendidas en el suelo de la nada
patas de bueyes parados en la estaca de la entrada.
Y así,
las mujeres despertaron de la noche maltratada
de los ojos comprimidos en el candor de la ignorancia
de la fuerza consumada
del machismo exacerbado.

Y se unieron en la plaza que llegaba hasta el Palacio
y dijeron que eran muchas y además irreductibles
que venían de los genes de Manuela y Nina Pacha
de la estirpe de Alvarado y el rebelde Caran Shiry.
Y luchaste sin cuartel por la mujer y sus derechos:
su derecho a estudiar
a votar
a disentir
a trabajar
a legislar...
Rostros de flores cayeron en los filos de las calles
gritos y palabras rotas por la fuerza de la ira
mañanas de marchas perdidas por la fuerza del Sistema
brazos unidos de valor rebuscando la justicia.
Y la voz de la mujer amaneció a mejor día
al día en que se encontró con el tiempo y el destino
la verdad con la justicia
el dolor
la hidalguía
el valor
la rebeldía.
y María luchó y luchó hasta mirar su último día
por los pobres y oprimidos
por los indios marginados
por los niños ignorados
por los pobres humillados
los obreros sometidos
las mujeres maltratadas...
los derechos conculcados.

Jesús Gualavisí

Jesús Gualavisí
paso noble de indio rancio
sangre hervida
pajonales
nombre incierto revolcado en la esquina de Convalecencia.
Eres hijo, sí,
de esos viejos pregoneros de la vida y de la muerte
de esos sabios orejones
de la antigua estirpe india que rodaba en Pambamarca.
Gran Jesús de nobles causas
de la causa de los pobres
de los páramos quemados y los mirlos mutilados;
de los pies acongojados por la pena y la tortura
de las piedras recortadas
la justicia inusitada.
Oh Jesús de los caminos y senderos estropeados
mashi fiel de los designios de tu pueblo acongojado
indio fiel...

raza viva humillada en los confines de la historia.
De allí viniste Jesús Gualavisí a tu jornada
con los pies amortajados y las manos trituradas
con tus penas alargadas y los ojos agachados
aquí estuviste solo
acongojado
esperando tras la chacra amancebada
en los cantos sin rincones
en la tulpa requemada.
De allí viniste fiel amigo de la muerte conjurada
de los versos sin estrofas
de los cuadros borroneados
de la noche sin colores.
Y te hiciste hombre aquí
en la fresca madrugada
en El Llano
donde besan las mañanas esos mudos pastizales.
En ese entorno estuviste inmerso amigo de la nada...
encendiendo mil delirios con caricias fraternales
con desplantes inauditos
con extrañas ansiedades.
Oh Jesús Gualavisí de la chacra enajenada
el huasipungo
bueyes mansos y borregos;
de las papas aplastadas
del maíz casi tostado.
De allí viniste viejo amigo:
de ese suelo castigado
de patrones violadores
guambras bellas y excitadas...
la mujer del indio amado.
De allí viniste... indio bravo
de la iglesia arrinconada adornada de cristales
de los blancos corredores
de los altares profanos...
Allí se rubricó tu alegría y tu nostalgia
esos largos sufrimientos de tus látigos macabros
tu pobreza exagerada repintada de miseria
tu manera de mirar las cosas tan extrañas...
Oh Jesús de Pingulmí, Changelá y Chaupiestancia
cómo entender tu nombre detrás de la ignominia:
el cura cuaresmero
el comisario vendido
el patrón insoportable.
Allí estuviste listo para luchar constantemente:
Changelá,
Monjas,
Ishigto
Guachalá
Santo Domingo, Cariacu y Paquiestancia

San Pablohurco, La Chimba y Pambamarca.
Allí lloraste y rezaste las penas de tu raza
el silencio monótono de la opresión macabra
el látigo mendaz del hambre incontenible
la lucha pertinaz de pedir derecho ajeno.
Y fuiste el primer indio en pisar Congreso blanco
fundar partido nuevo de blancos justicieros
unir federaciones de indios sin derechos
luchar por los derechos de las hembras sobajadas...
Y aprendiste palabras nuevas para rezar tu abecedario
y gritaste consignas viejas para exaltar a tu pueblo
y luchaste sin respiro por las tierras confiscadas
y quisiste volver a ver ese pueblo milenario.
Oh Jesús de chiva blanca y cabello desgalgado
blanca pata de alpargata y cabuya pisoteada
poncho rojo del batán que incrustaba en la quebrada...
shigra negra descolgando de tus hombros encorvados.
Y caminaste solo para llegar al cielo inerte
yendo del Río Blanco a la bella Rumiloma
con tus ojos derretidos
con tus penas encontradas
y ese suave murmullo del Alto caminando muy despacio.
Gran Jesús Gualavisí hecho tiempo y temporada
carne fresca esquilada en el cerro Sarahurco
griterío
libertad
el maíz tostado al fuego en una tarde de verano.
Pero un día amaneciste caminando cuesta arriba
y miraste los peldaños que subían tu escalera
y miraste que tu amo se esfumaba por el cerro
y subiste nubes blancas por los verdes pajonales...
Y soñaste hombres nuevos caminando como iguales:
Indios dignos
negros sanos
cholos cultos
blancos buenos
los mulatos
los tres cuartos...
Y moriste abandonado en una noche de nevada
con los dientes en la lengua
perros viejos, somnolientos
y lloraste infamemente en la nada que era esclava
y buscaste un nuevo Dios... tan injusto y añorado.
Y moriste en la tumba
piso roto y mojado
en la noche de tu raza que brillaba a la distancia.

Camino al infinito

Más allá del cielo y de la tierra

inciertas
pernoctan las estrellas...
espacios de infinito.
Allí vive la mente cuando despierta inquieta
cuando los sueños son las grandes ansiedades
y los espacios viven plagados de infinito
plagados de infinito...
plagados de infinito.
Más allá del tiempo y la distancia
existe un Dios en su morada
un algo diferente
un algo sin distancia
un algo muy distinto
un algo interminable.
Más allá del cielo y de la tierra
los dioses nos esperan...
las grandes inquietudes
instancias precederas.
Allá acudiremos
espíritus vagabundos
a buscar nuevos senderos
que nos guíen nuestra fuga...
ese ente solitario
que reviva libremente
que despierte los espacios
de esa vaga inconsistencia.
Más allá del cielo y la distancia...
ya se pierde el horizonte
esas cosas por ser grandes
ese ser por infinito.

Al final de la jornada

En el mundo subterráneo todo es nada... todo es nada
las ideas se oscurecen
el amor es una nada.
Entraremos al final... al final de la jornada
desconfiándonos de todo
recortando nuestro entorno...
esperando nuevas cosas
nuevas formas de mirarnos.
Al final de la jornada nuevas tallas calzaremos
las maneras muy distintas de sentir un mismo tiempo.
Al final allí estaremos tú y yo en un mismo aliento
sin callar porque se han muerto
tu silencio en mi silencio.
Al final de la jornada tan callados como siempre
volveremos de repente
a esperar los mismos sueños...
Esa dulce parsimonia de tomar los mismos gestos

ese mundo subterráneo
esas mismas sensaciones...
esos mismos esperpentos recorriendo nuestra casa.
Al final de la jornada... los amores reprimidos
esas mismas cualidades con que siempre repetimos...
y más luego nos iremos al profundo desengaño
a saber que nunca fuimos
y al final nunca seremos.